
SATISFACCIÓN ESPIRITUAL

P O R

CANSANCIO CORPORAL

I

Ansiosos de desentrañar los secretos que las ásperas y elevadas moles pétreas de los Picos de Europa reservan al husmeo de los aficionados montañeros, partimos los cuatro amigos, el día 23 de Agosto, a las ocho de la mañana, por la línea de La Robla, en una hermosa mañana de sol. Marcha lenta, según nuestro intranquilo juicio largas paradas en cada estación, hora y pico en la de Mataporquera... y seguimos aburridos en el tren sin poder aprovechar la esplendidez del día hasta el final del recorrido que el correspondiente billete nos señala.

A las cuatro y veinte minutos de la tarde llegamos a la Estación de Guardo y allí nos apeamos de tan buena gana como el pajarillo cuando le sueltan de la encerrona de su jaula. Un coche-automóvil, comprometido de antemano por carta para que nos condujera a Cardaño de Abajo, debería de esperarnos en la estación; pero no lo vemos. El jefe de estación, a requerimiento, nos dice que del auto recuerda algo... que no recuerda nada... ¡Cataplún!

Contemplando el movimiento mecánico de las grandes instalaciones de acarreo, elevación, lavadero, selección y carga de carbones en aquellas inmediaciones nos sorprendió la llamada del propietario y chofer en una pieza, del auto que acababa de llegar, y sin pérdida de tiempo, arrancamos hacia Camporredondo, donde llegamos y nos presentamos en la Central generadora de la fuerza hidráulica, donde prestan sus servicios algunos amigos y quienes con toda la bondadosa amabilidad nos enseñaron y explicaron al detalle el funcionamiento de aquel complejo mecanismo hidráulico y eléctrico. Contemplamos con asombro la grandiosa obra que representa la presa que contiene las aguas, con sus sesenta y pico metros de altura; la tremenda extensión de varios kilómetros que alcanza la playa que forman las aguas retenidas y los campos de cultivo de varios pueblos inundados entre aquellas aguas. Obra grandiosa con perjuicio de media docena de pueblos.

Terminada nuestra improvisada inspección tornamos al auto y en pocos minutos nos puso en Cardaño de Abajo; era ya de noche y nuestro chofer conocedor del terreno nos condujo al estanco y aquí nos alojamos. Con regular cena y cama y preparación de las mochilas para el siguiente día nos acostamos.

II

A la mañana del día 24, salimos a las siete, repechando la cuesta zaguera del pueblo que directamente nos conduce al pie de la tremenda mole calcárea del Espigüete, extremo Norte. Emprendimos la dura ascensión con una limpia y bien soleada mañana; el sol se mostraba inflexible; el sudor nos cubría el cuerpo con capa grasienta y la pendiente aguda en roca viva no perdonaba su dureza. Un rato de descanso con preciosa visión óptica y contemplación de buen paisaje, y cuesta arriba hasta alcanzar el collado por la banda de nuestra subida. Dominamos ya la primera altura Norte de la arista que se extiende hacia el Sur con tajantes cortes al Este en toda la línea y fuertes vertientes al Oeste. Seguimos la dirección Sur de la cresta a cuyo final se divisa un abultado mojón y a las diez y media codeábamos ya con él.

No está al alcance de nuestra modesta pluma la descripción que merece la visualidad que facilita esta dominante altura. La tremenda llanura que se divisa al Suroeste, entre las provincias de León y Palencia, admira al montañero que por vez primera sube a esta elevada roca, así como, por el contrario, toda la extensión que se pierde de vista hacia el Norte y Noroeste, pasma la horrible sinuosidad que se divisa entre alturas y barrancos: grandes moles de blanca caliza, negras peñas, altos picachos escarpados, aristas cortadas, profundos barrancos y elevadas lomas. No se causa la vista de contemplar tan extraña y general estructura geológica en toda aquella interminable extensión de terreno que con tan caprichos relieves de diferentes colores se adorna este rincón.

Con los planos del terreno que obraban en nuestro poder y el dominio desde la cumbre del Espigüete, escogimos como lugar extratéxico el pueblito de Cardaño de Arriba y esta tarde nos dirigimos allí alojándonos en la única, que de sus catorce casas este nombre puede dársele. Rica, fresca y abundante agua corre por el arroyo que discurre por junto aquellas casas; pero aquella pobre y buena gente no tienen la menor noción de higiene y la suciedad es el alimento más generalizado y seguro de aquellos desgraciados habitantes, pues que son bastantes limitados en cantidad y calidad los medios alimenticios de que allí se disponen. Es un pueblo de muy escasos recursos y en nuestro interés está la conformidad con los medios que nos proporcionan.

III

A las seis de la mañana siguiente, día 25, partimos del hospedaje, previo un frugal desayuno, con dirección a Peña Prieta, repechando aquellas enormes barrancadas por cuyas vertientes corre a raudales agua fresca y vidriosa que a cada momento invita a mitigar la sed. A las ocho alcanzamos el collado que dá preciosa vista de frente al macizo central de los Picos de Europa y a las nueve y media remontamos la cúspide de Peña Prieta. Hora y media de contemplación visual sobre aquella elevada cumbre y a descender poco a poco aprovechando las caricias de "Febo" en todo su esplendor. Unos ratos de tumbo, con baños de sol y agua, y... a comer arroz con carne seca de oveja y unos huevos fritos que la bondad de nuestra patrona nos tenía preparado para las dos de la tarde en que llegamos. Tarde y noche divagamos por aquellos andurriales pensando en la clase de vida que la fortuna deparó a aquellos desdichados habitantes, y llegada la hora fuimos a descansar.

IV

A la madrugada del día 26, después de desayunar y hacernos cargo de una docena de huevos cocidos y pan, único alimento disponible para pasar el día, partimos para Curavacas, A las ocho y media llegábamos al puerto o collado, a través del cual se pasa al Valle de Liébana. Y en vez de seguir el sendero limpio por la falda Norte, que conduce al lago, cometimos la imprudencia de seguir la crestería hasta alcanzar la total altura.

Las andadas fatigosas y algún tropiezo pelgrosso que hubimos que sortear no nos impidió, a las once y media coronar la cumbre del famoso Curavacas, con su fantástico dominio sobre las alturas puntiagudas y tajantes de Peña Vieja, Torre Llambrión, Cerredo y todo el laberíntico macizo de peñas calizas que se compone aquella mole. Lo contrario de Curavacas y todas sus inmediaciones cuya composición es de peña granítica.

Al poco rato de contemplación en esta cúspide, empezaron a ocultar el sol unos fuertes nubarrones tormentosos, con amenaza de inmediato trueno. Ante visible cambio atmosférico tan repentino, precipitamos nuestra bajada hacia la parte del lago, cuya dirección nos convenía; media hora más tarde estábamos ya con unos pastores junto a una cabaña formada en el hueco de un formidable bloque granítico desprendido de la ladera Norte del Curavacas. Se cernió la tormenta entre relámpagos y truenos horribles que hacían trepidar todo aquel contorno; entró a llover torrencialmente y mientras tanto, cobijados en aquella choza, devoramos más que comemos los doce huevos y el pan que la patrona de Cardano de Arriba nos facilitó la noche anterior. La cerrazón duró hasta las cinco de la tarde y como nuestro plan era ir a dormir a la Abadía de Lebanza, no nos quedaba tiempo suficiente para atravesar las montañas que nos separaba de este lugar. Determinamos, pues, pasar la noche en aquella choza, lugar conocido con el nombre Elvés; para ello disponíamos de algo de chocolate en las mochilas y aquellos buenos pastores nos ofrecieron pan, único artículo comestible que ellos disponían. Pero al poco rato de despejar la tormenta acertaron a pasar por allí a visitar el famoso lago seis hombres, con quienes tramamos conversación e inmediatamente conocimos a dos de ellos, jóvenes alpinistas bilbaños, que al conocer nuestras andanzas, y motivo de hallarnos allí dispuestos a pasar la noche, nos largaron un chorizo y una lata de sardinas en conserva. ¡La diosa fortuna se nos presentó personificada en estos buenos amigos aquella tarde!

Curavacas hermosa y despejada altura que además del asombroso dominio de su cumbre descubrimos las rutas a seguir para dar la debida sanción a nuestros planes montañeros.

V

La mañana del día 27 partimos de Elvés a las seis, y siguiendo el curso de las aguas que emergen al río Carrión, frente a la altura de Peña Cabrera, repechando y atravesando esta respetable altura y descendiendo al Sureste, llegamos a la Abadía de Lebanza a las doce. Tuvimos previamente una entrevista con el Director propietario de este establecimiento para, cumplimentar un encargo que en Bilbao habíamos reci-

bido para él. Todo amabilidad y complacencia tuvo la bondad de enseñarnos todo el edificio; desde las soleadas galerías del sótano hasta las antiguas labores artísticas de talla y arqueo que presentan los huecos ojivales de la capilla.

A la una y minutos nos sentamos a comer en la mesa, y a las dos y cuarenta y cinco minutos, abandonábamos aquella extensa mansión con dirección a San Salvador de Canta la Muda. Aquí tomamos la carretera de Cervera a Potes, y sorteando alguno que otro atajo en las grandes curvas, llegamos a las siete de la tarde a la Venta de las Cortes, cerca del Collado de Piedras Luengas, donde nos facilitaron hospedaje con excelente trato. Buena cena, mejor apetito, y a dormir después de contemplar la noche un buen rato.

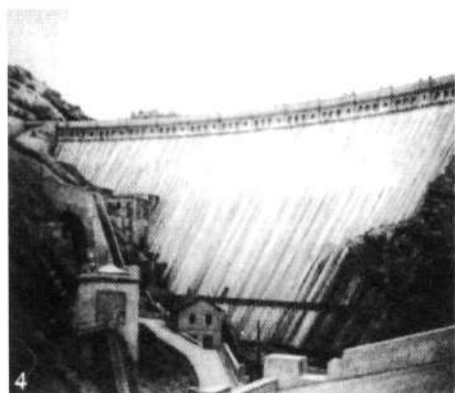
VI

El día 28, previo el correspondiente desayuno partimos a las siete, y a las ocho y media estábamos en la cumbre de Peña Labra, contemplando todo el extenso valle de Liébana y el de Valdeón, resguardados ambos al abrigo de elevados macizos de peñas calcáreas que tan amplio campo ocupan en estos pocos conocidos lugares cántabros. Descendimos por la parte Sureste y recorriendo esta pequeña cordillera alcanzamos a las once el Pico Tres Aguas. Colocándose en la cúspide de este alto picacho se justifica cabalmente su denominación, sin que quede margen de duda alguna. Tres vertientes forma esta altura desde la misma cumbre. Una al Sur que deriva sus aguas al río Pisuerga que se une al Duero y desemboca en el Océano por Oporto. Otra al Norte, con directa vertiente al Valle de Cabuérniga, cuyas aguas recoge el río Saja, y por Torrelavega las vierte al Cantábrico. Y la tercera al Este, al Valle de Reinosa donde corren las aguas al río Ebro, y que como todos sabemos, desemboca por Tortosa al Mediterráneo.

Después de un buen rato de contemplación desde su cumbre descendimos y retornamos por el mismo camino, y a las dos y media, con un desordenado apetito, llegamos a la Venta, donde la patrona nos reservaba una excelente y abundante comida. ¡Supo a rosquillas! Entre aseo y curioso de vistas se pasó la tarde. Por la noche, después de cenar salimos a tomar la fresca, y una fuerte tormenta invadía todo el gigantesco macizo central de los picos de Europa con fuerte refulguración de relámpagos y sordidos truenos. Al momento observamos otra horrible tormenta en la banda de Curavacas, acompañada de truenos centelleantes y gran oscuridad a ambos lados, separados por el Valle de Valdeón. Enfurecidos los dos bandos empezaron a vomitar simultáneamente truenos y relámpagos a granel en forma que realmente parecía aquello un fuego graneado entre dos ejercicios enemigos. ¡Admirable batalla atmosférica fué la que tuvimos la dicha de contemplar aquella fantástica noche desde la puerta de nuestro hospedaje situado a más de 1.400 metros de altura!

VII

Nos retiramos a descansar y a la mañana siguiente, día 29, partimos a las siete y cuarto en igual dirección que el día anterior, variando al final algo a la izquierda para escalar el Pico del Cordel, lo que conseguimos a las diez y media. Después de la debi-



(Fot. Catapodis)

1. Pantano Alfonso XIII y Curavacas.—2. Peña Mala.—3. Peña Prieta.—4. Peña Camporredondo: Electra y pantano Alfonso XIII.—5. Peña Espigüete.

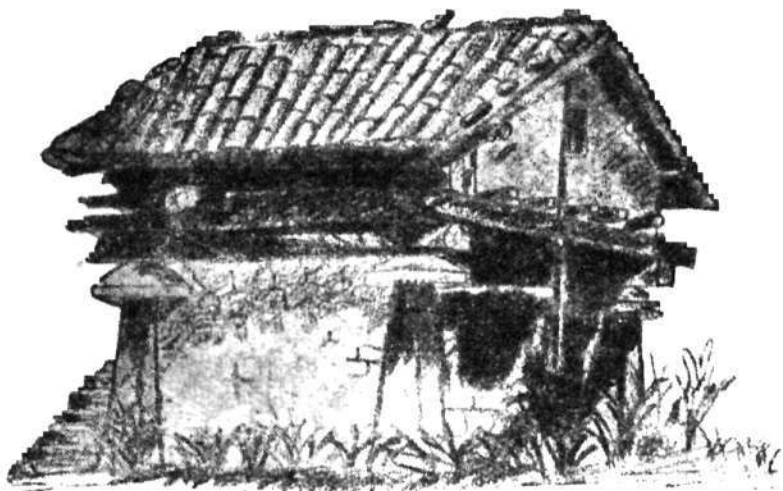


1. Vista del cerro de San Mateo. 2. Vista del cerro de San Mateo. 3. Vista del cerro de San Mateo. 4. Vista del cerro de San Mateo. 5. Vista del cerro de San Mateo. 6. Vista del cerro de San Mateo. 7. Vista del cerro de San Mateo. 8. Vista del cerro de San Mateo. 9. Vista del cerro de San Mateo. 10. Vista del cerro de San Mateo.

da satisfacción a la vista, descendimos hacia Reinosa, trotando bastante para vencer las sinuosas escabrosidades que presenta aquel terreno y la extensa superficie a recorrer. A la una y media llegamos a un pueblo que se llama Aviada; inquirimos una casa donde poder comer; nos la enseñaron y una joven señora, dueña de ella, nos preparó brevemente en cantidad y calidad suficiente y bien. A las dos y tres cuartos partimos para Reinosa y a las nueve de la noche entrábamos en una fonda de esta ciudad. Una vuelta por la población y a dormir para madrugar a la mañana siguiente.

VIII

El día 30 a las cinco de la madrugada nos esperaba un taxis en la puerta de la fonda y en poco más de media hora nos puso en la estación de Las Rozas, donde tomamos billete para Espinosa de los Monteros. Poco antes de las ocho descendíamos del tren en este pueblo con la ayuda voluntaria de un solazo que se dejaba sentir en el trayecto de la estación a Espinosa. Aquí hicimos provisión de un kilo de jamón y pan, siguiendo sin cesar el curso de la carretera hasta el barrio de Las Machorras, que llegamos a las diez dadas. Nos dirigimos a la casa-estanco, donde tomamos un buen refresco y después de encargar cena y cama nos desprendimos de las mochilas que estaban casi adheridas a las correspondientes espaldas, y caminamos dos o tres kilómetros por carretera primero y después por caminos y estradas hasta llegar a una hermosa fuente de abundante agua cristalina y fresca, cercada de extenso campo de dehesas, cada una con su correspondiente cabaña de sólida construcción de piedra labrada y mampostería, al pie mismo de la enorme masa de Castro Valnera. Es una barriada, en miniatura, habitada por pastores con sus familias, en la época de verano, pues en invierno hay que suponer que no les hará falta ninguna recomendación para alejarse de aquellas lejanas y frescas soledades.



Desde aquí tiramos faldeando por la derecha en suave repecho hasta ponernos en el collado de la derecha, frente a esta colosal masa. Aquí, en un manantial de agua fresca, dimos buena cuenta del jamón y pan que compramos en Espinosa. ¡Buena necesidad...! Entramos ya en fuerte repecho por un ciego neverón que a corta distancia se halla y poco a poco tomando la arista Norte, fuimos siguiendo su curso hasta el primer pináculo, pasando después al del centro, que es el más elevado, a las dos y media en punto. Un rato de admiración contemplativa en esta cumbre para deleite de la vista, amén del escalofrío que causa la rápida depresión que a los pies se descubre, a la banda del Valle de Pax, y al virar instintivamente hacia nuestro terruño, nos fijamos en un artefacto que, la vista hace asemejar a una especie de jaula, se halla en la peña a unos sesenta u ochenta metros de desnivel y distancia aproximadamente.

La curiosidad nos precipita hacia él y lo que parecía semejanza de jaula resulta un armazón de hierro de forma T, de metro y medio de altura, por unos sesenta y cinco centímetros en cuadro, en forma de pirámide, sosteniendo por cubierta un depósito de zinc, imitación al embudo, fuertemente sujetado con cemento por los cuatro extremos de su base empotrados en la peña. ¿Qué objeto perseguirían con él, los autores de esta construcción en aquellas alturas? Difícil es adivinar, al menos para nosotros.

A las tres y media dejamos aquel encantado lugar y atravesando el macizo descendimos por la parte Sur, a lo largo del portillo que aprisionan las dos grandes peñas, desembocando directamente en las dehesas que rodean la fuente anteriormente mencionada. Desde aquí emprendimos un buen paso que a las siete nos puso a la entrada de Las Machorras, en el río de abundante, limpia y fresca agua, donde tomamos un muy agradable baño y llegamos a la posada donde nos esperaba la cena. Satisfechas las necesidades del estómago nos acostamos y dormimos tranquilamente. ¡Bien necesitados de descanso estaban nuestros ajetreados y sudados cuerpos!

IX

Madrugamos a las cinco, el día 31, y después de desayunar, nos cargamos las mochilas (nuestra cruz) a la espalda y seguimos el mismo itinerario de ayer hasta la segunda bifurcación de arroyos; aquí tiramos de frente derecha (ayer izquierda) hasta las anteúltimas cabañas de los pastores, corte del bosque de hayedos en la parte baja; desde aquí, virando a la derecha, repechanos en senderos la empinada cuesta hasta el portillo de las peñas de Luxa, al que llegamos a las nueve y tres cuartos. Un descanso y breve gusto a la vista que a satisfacción se esparce en todas direcciones. Entramos a descender el agudo contrafuerte entre bosque y terreno escabroso de peñascal y precipitamos la bajada a la carretera donde llegamos a las diez y media. Caminamos bajo los abrasadores rayos del sol hasta un abundante y fresquísimo manantial de agua que existe en una alcantarilla debajo de la carretera, donde nos despojamos de la ropa y tomamos un hermoso baño; acto seguido inquirimos de la mochila los elementos correspondientes y plantamos la barbería, donde nos servimos cada uno a su vez y completa satisfacción.

Aseados reemprendimos la marcha hacia La Gándara, carretera adelante hasta llegar a las curvas que zig-zaguean la bajada, donde atajamos en recta descensión y a las doce y media llegamos al establecimiento taberna, de donde parte el auto de línea. Nos

servieron abundante y excelente comida en moderado precio, y a las dos y media partimos en el auto de servicio hasta la estación de Gibaja, y de aquí en tren retornamos a nuestros hogares a los nueve días.

Las altitudes recorridas entre el Espigüete y Pico del Cordel oscilan entre 2.002 metros de altura señaladas a Peña Labra, la más baja, y 2.517 el Curavacas. Como final viene Castro Valnera con 1.700, después de sortear las grandes distancias que median entre unas y otras.

A pesar de la dureza que representan estas expediciones por la falta de lugares apropiados para descansar y cubrir las más perentorias necesidades, nosotros esperamos intranquilos la época de las correspondientes vacaciones para lanzarnos a estas correrías sin miramiento a las abstenciones y esfuerzos a que voluntariamente nos sometemos en los días que necesitamos pasar en esos míseros lugares, en los que tenemos que valernos dentro de los escasos medios de vida que existen. Una gran ventaja que siempre conservamos indemne, es la del fuerte entrenamiento que en todo tiempo poseemos, y ello es un valioso elemento necesario para esta clase de excursiones amén del espíritu de sacrificio al que gustosos nos sometemos en todo tiempo.

Tres del Aitzarte, y uno del Deportivo

Bilbao, Enero 1931

